

EL ALCAZAR DE SEVILLA.

Delgado era el caballero,
de estatura no muy alta,
vivaces ojos, la boca
inquieta, roja la barba,
Pálido y enjuto el rostro,
nariz corva y afilada,
noble su porte, y siniestras
y terribles sus miradas.

Envuelto en un rojo manto,
de oro bordado y con chapas,
y una gorra en la cabeza
puesta de lado con gracia,

De largo á largo media
con pasos lentos la estancia,
y pasiones diferentes
su mudo rostro mostraba.

A veces se enrojecía,
arrojando fieras llamas
por los encendidos ojos,
hechos del infierno brasas;

Luego extendía sus labios
sonrisa feroz y amarga;
ó en las doradas techumbres
fijaba atroces miradas;

Bien apresurado el curso
de pié á cabeza temblaba;
bien repuesto proseguía
su paso noble con calma.

Así he visto al tigre fiero,
ya tranquilo, ya con rabia,

EL ALCAZAR DE SEVILLA.

revolverse á todos lados
dentro de la estrecha jaula.

Marchando sobre la alfombra,
no se oían sus pisadas;
pero sordas le crujían,
siempre que se meneaba,

Canillas y choquezuelas.
Diz que el cielo (cosa rara!)
de igual rumor ha dotado,
allá en tierras muy lejanas,

Para que la evite el hombre,
á una serpiente que llaman
de cascabel, y que al punto
que se acerca, pica y mata.

Doña María Padilla
era la llorosa dama,
y el callado caballero
el rey don Pedro de España.

—o—
ROMANCE III.

CUAL de solitaria torre
en torno están revolando
fieras aves de rapiña,
cuando el sol baja al ocaso,

Así en torno de don Pedro
vuelan pensamientos varios,
cuyas sombras ofuscaban
de su semblante los rasgos.

Ya ocupa su airada mente

el poder de sus hermanos,
á los que mató la madre,
y á quienes llama bastardos :

Ya de los grandes inquietos
la insolencia y desacato,
ó la mengua del tesoro
sin medios de repararlo :

Ya la linda doña Aldonza,
á quien tiene á buen recaudo ;
ó las sangrientas fantasmas
de inocentes que ha matado :

Ya una proyectada empresa
rompiendo la fe de un pacto
contra el moro granadino ;
ó una traicion, ó un engaño.

Mas, como las mismas aves
se van escondiendo al cabo
entre las almenas rotas
del castillo solitario,

Y solo constante queda,
en torno de él volteando,
la mas voraz, la mas fuerte,
la que no admite descanso ;

Así aquel tropel confuso
de pensamientos extraños,
en que se encontró don Pedro
envuelto pequeño rato,

En su pecho y su cabeza
fueron nidos encontrando,
y quedó despierta y viva,

dándole gran sobresalto,
La imágen de don Fadrique,
el mejor de sus hermanos,
norma de los caballeros
y maestre de Santiago.

—o—

Del rey de Aragon acaba
don Fadrique el esforzado
de conquistar á Jumilla
con noble denuedo y brazo :

Deja en lugar de las barras
los castillos tremolando,
y viene á entregar las llaves
á su rey, señor y hermano.

Sabe el rey que no es rebelde,
que es su amigo y partidario,
y mas que á Tello y á Enrique
le está embravecido odiando.

Don Fadrique fué el que tuvo
de venir á Francia encargo
por la reina doña Blanca ;
mas tardó en llevarla un año.

Con ella en Navarra estuvo....
y un rumor corrió entre tanto
de aquellos que son ponzoña,
ora ciertos, ora falsos.

Doña Blanca está en Medina,
y en una torre pagando
las tardanzas del viaje,
las habilllas de palacio ;

Y el cuello de don Fadrique
está en los hombros intacto,
porque tiene gran valía,
poder mucho y nombre claro.

Mas ay de él!...es de las damas
el ídolo por su trato,
por su gallarda presencia,
y por su esfuerzo bizarro;

Y si no da sombra al trono,
porque es fiel, da, mal pecado!
al corazon duros celos;
y esto es peor, si aquello es malo.

Doña María Padilla,
cuyo entendimiento claro
del regio amante penetra
los mas ocultos arcanos,

Y en quien la bondad del alma
sobrepuja á los encantos
de su peregrino rostro
y de su cuerpo gallardo;

Vive víctima infelice
de continuo sobresalto,
porque al rey ama, y le mira
á mal fin tender el paso.

Conoce que sobre sangre,
persecuciones y llantos
no está nunca firme un trono,
nunca seguro un palacio;

Y tiene dos tiernas niñas,
que con otro padre acaso,

aunque ilegítimo fruto,
pudieran todo esperarlo.

Ve en el insigne Fadrique
un apoyo, un partidario:
sabe que llega á Sevilla,
y á voces le está indicando

De su fiero amante el rostro,
que viene en momento aciago;
y por aquietar sospechas,
ó darles punto mas alto,

Al fin rompiendo el silencio,
aunque con trémulos labios,
osó hablar, y estas palabras
entre los dos se mezclaron:

“¿ Con que hoy llegará triunfante
“don Fadrique, vuestro hermano?”—

“Y por cierto que ya tarda
“en llegar aquí el bastardo.”—

“Bien os sirve!...sí, en Jumilla
“como un héroe se ha portado:
“de su lealtad os da pruebas;
“es muy valiente.”—Lo es harto.—

“Ya estaréis, señor, seguro
“de su pecho noble y franco.”—

“Aun mas lo estaré mañana.”—
Enmudecieron entrambos.

ROMANCE IV.

GRANDE rumor se alza y cunde
de armas, caballos y pueblo
de Sevilla por las calles,
al maestre recibiendo.

Suenan los vivas unidos,
con los retumbantes ecos,
que en la altísima Giralda
esparce el bronce hasta el cielo.

Vase acercando la turba,
pero se la escucha menos:
ya á la plaza de palacio
llega, y párase en silencio;

Que la vista del alcázar
gozaba del privilegio
de apagar todo entusiasmo,
de convertir todo en miedo.

Quedó pues mudo el gentío,
falto de acción y de aliento,
para pisar la gran plaza
con un mágico respeto;

Y el maestre de Santiago,
con algunos caballeros
de su orden, entra, seguido
de corto acompañamiento.

Dirigese acia la puerta,
como aquel que ya derecho,
á encontrar de un buen hermano
el alma y brazos abiertos;

O como noble caudillo,
que por sus gloriosos hechos
de un rey á recibir llega
los elogios y los premios.

Sobre un morcillo lozano
que espuma respira y fuego,
y á quien contiene la brida,
si ensoberbece el arreo,

Muéstrase el noble Fadrique
con el blanco manto suelto,
en que el collar y cruz roja
van su dignidad diciendo;

Y una toca de velludo
carmesí lleva, do el viento
agita un blanco penacho
con borlas de oro sujeto.

—o—

Pálido como la muerte
el iracundo don Pedro,
en cuanto entrar en la plaza
vió al hermano desde léjos,

Como si de mármol fuera,
quedó del salon en medio,
y en sus furibundos ojos
ardió un relámpago horrendo;

Pero pronto en sí tornando,
salióse del aposento,
cual si del huésped quisiera
buscar afable el encuentro.

Así que volver la espalda

le vió la Padilla, lleno
el corazon de amargura
y de llanto el rostro bello,

Alzase y sale turbada
del balcon al antepecho,
al gallardo maestro indica

con actitudes y gesto,

Que llegá en mal hora, y mueve
por el airé el pañizuelo;

diciéndole en mudas señas,
que se ponga en salvo luego.

Nada comprende Fadrique,
y por saludos teniendo

los avisos, corresponde
cual galan y cual discreto;

Y á la ancha portada llega,
do guardias y ballesteros

le dejan el paso libre,
mas no entrada á su cortejo.

Si no conoció las señas
de la Padilla, don Pedro

las conoció, pues paróse
aun indeciso y suspensó

De la cámara en la puerta
un breve instante, y volviendo

los ojos, vió que la dama
agitaba el blanco lienzo.

Oh Dios! ¡fué esta accion tan noble
de tan puro y santo intento,
la que llamó á los verdugos,

la que firmó el decreto?

Apénas puso el maestro,

de dos solos escuderos

seguido, el pié confiado
en el vestibulo regio,

Donde varios hombres de armas,
y vestidos de doble hierro,

paseándose guardaban
de la escalera el ingreso;

Cuando á uno de los balcones,
como la aparicion de infierno,

el rey se asoma gritando:
Matád al maestro, maceros.

Siguió como en la tormenta
el súbito rayo al trueno,

y seis reformidas mazas
sobre Fadrique cayeron

Llevó la mano al estoque,
pero en el tabardo envuelto

halló el puño, y fué imposible
desenredarlo tan presto.

Cayó en tierra, un mar de sangre
del roto cráneo vertiendo,

lanzando un alarido,
que llegó sin duda al cielo.

Voló al instante la nueva
de tan horrible sucesó;

apelaron á la fuga
los freiles y caballeros;

Huyó á esconderse en sus casas,
temblando de horror, el pueblo,
y del alcazar quedaron
los alrededores desiertos.

Diz que el ver sangre embravece
al tigre con tanto extremo,
que prosigue los destrozos,
aunque ya esté satisfecho.

Su vientre ; porque se goza
en teñir de rojo el suelo.
Sin duda al rey de Castilla
le sucedía lo mismo :

En cuanto vió á don Fadrique
deplomarse en tierra yerto,
corrió por palacio todo
buscando á sus escuderos;

Que trémulos y amarillos
de aposento en aposento
huyen, sin hallar amparo,
corren, sin hallar un puerto.

Por dicha logró fugarse
ó esconderse el uno de ellos;
Sancho Villégas el otro
no fué tan feliz ó diestro.

Viendo que el rey le persigue,
entróse de espanto muerto,
donde estaba la Padilla
desmayada y en su lecho;

Asistida por sus damas,

que están temblando de miedo,
y con sus niñas al lado
ángeles en alma y cuerpo.

Mirando allí el infelice
aun perseguirle el espectro,

que en asilos no repara,
coge en sus brazos de presto

A doña Beatriz, que apenas
cuenta seis años completos,
hija por quien el rey tiene
el mas cariñoso extremo.

Pero, ay ! de nada le sirve...

En vano allá en el desierto
con la cruz santa se abraza

el peregrino, si recio
Brama el sur, si arde el espacio,
si olas de arena, creciendo
mar espantoso, confunden

la baja tierra y el cielo.
Con la niña entre los brazos
y de rodillas, el pecho
traspasóle furibunda
la daga del rey don Pedro.

Cual si no hubiese en palacio
nada ocurrido de nuevo,
se asentó el rey á la mesa,
como acostumbra, comiendo :

Jugó en seguida á las tablas,
salió despues á paseo,

EL ALCAZAR DE SEVILLA.
 fué á ver armar las galeras
 que han de ir á Vizcaya luego ;

Y en cuanto cubrió la noche
 con su manto el hemisferio,
 entró en la torre del oro,
 donde tiene en un encierro

A la linda doña Aldonza,
 á la cual del monasterio
 de santa Clara ha sacado,
 y á la que idolatra ciego.

Fué un rato á hablar en seguida
 con Levi, su tesorero,
 en quien tiene su privanza,
 aunque es un infame hebreo ;

Y muy tarde retiróse
 sin mas acompañamiento
 que un moro su favorito,
 hombre bajo por supuesto.

Entró en el tranquilo alcázar,
 llegó al vestibulo excelso,
 y en él paróse un instante
 la vista en torno moviendo.

Una lámpara pendiente
 del artesonado techo
 en derredor derramaba,
 ya sombras, y ya reflejos :

Entre las tersas columnas
 dos hombres de armas, dos negros
 bultos se veían solos,
 vigilantes y en silencio ;

Y en tierra aun tendido estaba,
 de un lago de sangre en medio,
 el maestre don Fadrique,
 en su roto manto envuelto.

Se acercó el rey, contemplóse
 con atención un momento,
 y notando que no estaba
 del todo su hermano muerto,

Pues aun respiraba acaso
 palpitante el hondo pecho,
 le dió con el pié un empuje
 que hizo estremecer el cuerpo ;

Desnudó la aguda daga,
 al moro la dió, diciendo,
 Acábalo, y sosegado
 subió, y entregóse al sueño.

Y no hallando el alcázar encantado.

El arzobispo don Rodrigo en el lib. III cap. 17, y despues de él la *Crónica general de España* que mandó componer el rey don Alonso el sabio, refiere así esta aventura en la parte segunda, capít. 55: “En la ciudad de Toledo habie un palacio que estaba siempre cerrado tiempo habie ya de muchos reyes, é tenie muchas cerraduras; é el rey Rodrigo fizol abrir, porque euidaba que yacía y algun haber en él. Mas cuando el palacio fué abierto, non fallaron en él ninguna cosa, sinon una arca otrosí cerrada, é el rey mandó la abrir, é non fallaron en ella sinon un paño pintado, que estaban en él escriptas letras latinas que decían así: *Quando aquestas cerraduras serán quebradas, é el palacio é el arca serán abiertos, é los que yacen, lo fueren á ver, gentes de tal manera como en el paño están pintados, entrarán en España, é la conquerrán, é serán ende señores.* E el rey, cuando aquello vió, pesol mucho, porque el palacio ficiera abrir, é fizo cerrar el arca é el palacio así como estaba de primero; é en aquel paño estaban pintados homes de caras, é de parescer, é de manera, é de vestidos, así como agora andan los alárabes, é

“tenien las cabezas cubiertas con tocas, é estaban caballeros en caballos, é los vestidos eran de muchos colores, é tenien en las manos espadas, é señas, é pendones alzados. E los ricos-homes é el rey fueron espantados por aquellas pinturas que así habien visto.”

Uno de nuestros mas antiguos romances cuenta este caso del modo siguiente:

Vino gente de Toledo
por lo haber de suplicar,
que á la antigua casa de Hércules
quisiese un candado echar,
como sus antepasados
do solian costumbrar.
El rey non puso el candado,
mas todos los fué á quebrar,
non pensando que gran tesoro
Hércules debía dejar.
Entrando dentro en la casa,
nomada otro fuera hallar,
non sino letras que decían:
Rey has sido por tu mal;
que el rey que esta casa abre,
España tiene quemar.
Un cofre de gran riqueza
hallaron dentro un pilar,
dentro del nuevas banderas
con figuras de espantar,
alárabes de caballo

sin poderse menear,
con espadas á los cuellos,
ballestas de bien tirar.
Don Rodrigo pavoroso
no curó de mas mirar:
vino un águila del cielo,
la casa fuera quemar.

(2) Página 65.

Por tu gran mole que se eleva al cielo.

Las primeras octavas del canto, tercero, fueron escritas á bordo del bergantín inglés *Æschylus*, el mes de enero del año 1825, en el Estrecho de Gibraltar, viniendo el autor de Londres con objeto de detenerse pocos días en aquella plaza, y continuar su viage á Italia.

(3) Página 69.

Desde la fuga y el famoso día
En que Mahoma trastornó el oriente.

Taric ben Zeyad hizo la primera entrada ó reconocimiento en la costa de Andalucía, por orden de Muza, en la luna de Ramazan, año 91 de la hégira, es decir, en julio de 710; y la segunda, por la punta de Gezira Alhadra, que se llamó despues en honor suyo, Gebal Taric (Gibraltar) ó monte de Taric, el día cinco de la luna de Rageb del año 92. Así resulta de las crónicas árabes que recogió Condé en la *Historia de la dominacion de los árabes en España*; pero Mariana dice

positivamente que sucedió lo último el año 713 de J. C.

(4) Página 75.

Cuando discordia atroz así los ciegos,
Que vuestra sangre sus palacios riegue.

Sabido es, que la discordia de Zegríes y Abencerrajes facilitó la conquista de Granada á los reyes católicos. Es digna de leerse la relacion poética de las disensiones de estas dos familias, que escribió, con el título de *Guerras civiles de Granada*, Gines Pérez de Hita en dos volúmenes en octavo.

(5) Página 76.

Mi mente oyó gemidos aterrada,
Y creyó ver vagar su sombra helada.

En Córdoba se cuenta una conseja de un cierto moro Abhen-Halí, que dicen se mató por zelos de su querida en los jardines del antiguo alcázar, hoy huerta de la Inquisicion. Añaden que está enterrado al pié de un antiquísimo naranjo que allí existe, junto al viejo muro y torreones, que por aquella parte dominan al rio.

(6) Página 97.

Y aunque el arnes no basta á dar denuedo,
Al vestirse los góticos varones,
Hácese jactanciosos é insolentes,
Jugándose invencibles y valientes.

“Juntóse á este llamamiento gran número de gente: los que ménos cuentan, dicen fueron padados de cien mil combatientes. Pero con la

“ larga paz, como acontece, mostrábanse ellos a-
 “ legres y bravos, blasonaban y aun renegaban ;
 “ mas eran cobardes á maravilla, sin esfuerzo y
 “ aun sin fuerza para sufrir los trabajos y incomo-
 “ didades de la guerra: la mayor parte iban desar-
 “ mados, con hondas solamente ó bastones.” MA-
 RIANA, lib. VI. cap. 23.

No se diferencia mucho lo que sobre el particu-
 lar cuentan las crónicas de los árabes, las cuales
 dicen, que llegó Ruderic (Rodrigo) á los campos
 de Sidonia con un ejército de noventa mil hom-
 bres, número cuádruplo del de los musulimes ; aun-
 que estos les llevaban gran ventaja en la discipli-
 na y armas. En la *Historia verdadera del rey
 don Rodrigo*, compuesta, á lo que suena, por Al-
 bucacim Tarif Abentarique, se aumenta el núme-
 ro de los árabes haciéndolos subir á ciento y ochenta
 mil hombres de á pié y cuarenta mil de á cabal-
 lo, sin mucha mas gente que servia en el ejército
 de lo necesario ; miéntras el de don Rodrigo es
 solo de veinte y tres mil hombres de á caballo y
 ciento treinta mil infantes. Cito dicha *Historia*
 que anda en manos de todos, para hacer ver cuán
 justamente la calificó Conde de absurda fábula,
 publicada por el morisco Miguel de Luna, que la
 fingió, manifestando su ignorancia en la materia y
 su impudente osadía literaria.

(7) Página 115.

Y desde el carro de marfil y acero,

De rico arnes de claro reverbero,
 Y de plumas y joyas adornado,
 Cual era entre los godos uso antiguo.

“ El rey Rodrigo andaba entónces con su coro-
 “ na de oro en la cabeza, é vestido de paños de
 “ peso en un lecho (*Mariana lo llama carro*) de
 “ marfil que llevaban dos mulos ; ca así era en-
 “ tónces costumbre de andar los reyes de los go-
 “ dos.” CRÓNICA GENERAL, parte segunda, cap.
 55. Las de los árabes dicen tambien, que en la
 batalla de Guadalete el rey se presentó los prime-
 ros dias al combate en un carro bélico, adornado
 de marfil, tirado de dos robustos mulos blancos,
 llevando su cabeza ceñida de una corona ó diade-
 ma de perlas, y con una clamide de púrpura bor-
 dada de oro.

“ En carro de marfil, envuelto en sedas,
 La frente orlada en oro, y mas dispuesto
 Al triunfo y al festin, que á la pelea,
 El sucesor indigno de Alarico
 Llevó tras sí la maldicion eterna.”

QUINTANA en la tragedia de *Pelayo*.

(8) Página 120.

Igual á cada parte el sol fulgente
 Cinco veces miro la lid reñida.

Sigo en esto á fray Luis de Leon, cuando dice
 en la *Profecía del Tajo* :

“ El furibundo Marte
 Cinco luces las haces desordena,

Igual á cada parte :
La sexta, ay ! te condena,
O cara patria, á bárbara cadena."

Segun Mariana, fueron siete los dias que duró la pelea, ó las escaramuzas, como él lo entiende, y al octavo se dió la batalla campal, conformándose con la *Crónica general*, cuyas palabras son :
"Así comenzaron la fazienda, é duró ocho dias, que nunca hicieron sinon lidiar de un domingo á fasta otro."

Ni nuestros poetas ni nuestras crónicas van de acuerdo con lo que refieren los árabes en las suyas, pues ellos solo dan la duracion de tres dias á la pelea.

(9) Página 123.

Y mirando á su lado á los traidores,
Formanse de vencidos vencedores.

La victoria estuvo dudosa hasta gran parte del dia sin declararse; solo los moros daban alguna muestra de flaqueza, y parece querian ciar y aun volver las espaldas, cuando don Opas (oh increíble maldad!) disimulada hasta entónces la traicion, en lo mas recio de la pelea, segun que de secreto lo tenía concertado, con un buen golpe de los suyos se pasó á los enemigos." *MARIANA en el lugar ántes citado.*

Coinciden las crónicas árabes en cuanto dicen que estuvo indecisa la victoria tres dias, y que el tercero, viendo Taric que flaqueaban los suyos, los exhortó á morir peleando; con lo que anima-

dos, consiguieron un completo triunfo, persiguiendo despues otros tres dias á los restos del ejército cristiano.

(10) Página 133.

Queda Rodrigo solo; y su postrera
Fortuna, envuelta en misterioso manto,
El cielo quiso que ignorada fuera.

"Mas los cristianos lidiando é seyendo ya los mas dellos muertos, é los otros fuidos, no sabe home que fuese fecho del rey don Rodrigo en este tiempo deste comedio; pero la corona, é las vestiduras é la nobleza real, é los zapatos de oro é de piedras preciosas, é el su caballo, al qual decien Orella, fueron fallados en un tre-medal cerca del rio Guadalete sin el cuerpo." *CRÓNICA GENERAL en el capitulo arriba mencionado.*

Dicha *Crónica*, Mariana y otros historiadores añaden, que en Viseo de Portugal se halló doscientos años despues el sepulcro de don Rodrigo, por donde se entiende, que salido de la batalla, huyó á aquel reino. Difiere de esta la relacion de los árabes, que dan por cierto haber muerto Taric por su mano, el tercer dia del combate, á don Rodrigo, á quien conocí por el caballo y las insignias, mandándole cortar la cabeza, que envió en presente á Muza.

(11) Página 133.

Del insigne Mirisco al dulce lado.

Mirisco es el nombre que tiene entre los árca-

des de Roma el Excmo. Sr. Duque de Frias, quien había escrito ántes que yo una linda composicion á este mismo asunto.

(12) Página 144.

Es el rudo piloto moscovita,
Que á zarpar se apresura.....

Quando se compusieron estos versos, zarpaba del puerto de Malta para levante la escuadra rusa al mando del almirante conde Heyden, la que en los meses anteriores, combinada con la inglesa y francesa, había combatido en Navarino.

(13) Página 235.

Que el alma á Gómez partieran,
segun dicen cartas suyas.

Es la epístola CII del *Centon epistolario* del bachiller Fernan Gómez de Cibdá-real, médico de don Juan segundo.

FIN.

Lo dejó mundo y liviano,
sin fuerzas ni quisa tan un
una mujer lo ha pelado
Ma es el solo en memoria
que se ha quedado pelon
¡Fosteria!
Cuanto Calderon lo dijo
Utendias la tendria.
¡Esaquel Heráclides bebano,
que se garriaba leones
como q^a raja melones,
con solo hachas y la mano?
¿Que trindaba javalés
y toros estranguaba,
y gigantes destrozaba
como q^a trindaba alabes?
Los montes que rajaba en piedras
las montañas en mitades,
y toros más barbaridades
de un q^a llamau proceras,
y bien este heróico toro.
Este semia Dios famoso,
fue el unido por mas batos
¿Chaba en materia de amor
hasta o según la historia
y verla en sus versos
de cómo tenía una mujer
el hitaba q^a era una gloria
¡Estos son los tales jueces!
como si que se goraba
viendo al heros de la lava
brusado con una ruca

¿Pele con amante fino
no es cosa de repores;
¿Mas q^a se enciende de hacer
un oficio femenino?
No. No.
Calderon lo tiene dicho,
y eso hay que ver con el amor:
dijo D^o Salomon
¿Viendo de tan buen melón
¿que quieres? D^o incompañis
fide con sus satisfacion,
— Tor síjo yo quiero
ser el sabio de los sabios.
— Concedido: de tan sabio
salida la sabiduria.
Y el efecto me rebosa
de probar q^a lo cumplis:
¿Por qué saben como yo
que sea instruido de un melón
¿Por qué saben igual?
Los montes que rajaba en piedras
¿fue de coger ejemplo; Ma
se toro el el mas grande toro
siempre de un proceras.
¿Por el diablo, q^a era toro
Cacena para superiores
de toros q^a los amores.
¿Tudo lo hecho a perder
— Pues q^a toro q^a melón,
Lo dijo el diablo q^a que quien
— No. No. Ni q^a Dios con un melón
¿No alguno q^a toro con un melón
¿Por q^a toro q^a toro con un melón
¿Concedido la herosura
¡Fosteria!
Cuanto Calderon lo dijo,
Utendias la tendria.
¿Pues, ¿viendo el santo rey,
el rey q^a D^o escogido.

